



Círculo Rojo

VESNA

VESNA

UNA OBRA ESCRITA POR

JOSÉ LUIS ALEMÁN FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2019

Depósito legal: AL 1444-2019

ISBN: 978-84-1331-416-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: José Luis Alemán Fernández de Córdoba

© Corrección literaria: Celia Arias

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de autor: David Martínez Llamas

© Imagen de cubierta e ilustraciones: Carlos Salgado, Alex Serna y Raul Monge

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

A mi mujer Marisa por su incondicional apoyo en todo momento.

A mis niños Isabel, María y Rodrigo por iluminarme siempre en la oscuridad.

A mi madre Isabel y mi hermana Amalia por ser las mejores críticas que podría tener.

A Celia Arias por corregir mi primera historia y enseñarme tanto.

*Este libro está dedicado a la memoria de
Paul Naschy, él lo empezó todo.*

I

MADRE

1

Esta historia está basada en la verdad, no amparada, sino basada, existe una diferencia. Fui testigo de excepción desde su inicio, porque yo era un bebé cuando pasó.

La primera tragedia de Falkreath, aunque no la última, está datada el jueves, 1 de noviembre de 1870, y lo acredita una carta manuscrita fechada por mi madre ese mismo día y a la que luego haré referencia. Yo no tendría ni un año cuando ocurrió. Vivía con mis padres en una preciosa casa de campo de estilo bohemio, cerca de Wyke, Inglaterra; estaba rodeada de bosques frondosos y la majestuosa cordillera de Dwolging protegía nuestras espaldas.

Mi padre, Michel Naschy, era químico y biólogo. Inventó una fórmula para evitar el desarrollo de la rabia en conejos y la aplicó a un paciente al que le había mordido un perro rabioso. Contra todo pronóstico, sobrevivió.

Mi madre, Enma Naschy, ayudaba a mi padre de vez en cuando en el laboratorio, pero su gran pasión fue siempre la pintura, el dibujo al natural. Trabajó como profesora de Bellas Artes en el museo de Orsay, en París; después la contrataron en diversas imprentas para hacer ilustraciones de libros didácticos, sobre todo de anatomía. Tenía tal destreza para plasmar cualquier detalle con tal realismo y majestuosidad, que cuando irrumpió la fotografía

en el mundo editorial, ningún librero se atrevió a negarle más encargos.

Esa tarde, la del jueves, uno de noviembre, mi madre estaba en el salón de la casa terminando de dormirme en la cuna; estaba muy nerviosa y visiblemente asustada. Llevaba un retraso considerable en la entrega de unos grabados, algo que jamás le había pasado, por no decir que hacía tiempo que se había olvidado de lo que era dormir y descansar de verdad una noche entera. Al menos sí tenía algo claro: sabía de dónde venía su miedo, incluso podría decirse que lo conocía a la perfección, otra cosa era que lo pudiera controlar.

Toda su obsesión provenía de algo que había, mejor dicho, habitaba, en el cobertizo situado en la parte trasera de la casa. Era una nueva sensación que no paraba de experimentar desde hacía un tiempo, sentía que una parte de su vida se había corrompido. Y eso la desesperaba.

Tras comprobar que me había dormido, se acercó al secreter, mojó la pluma en tinta y escribió:

Jueves, 1 de Noviembre de 1870

Querido Sr. Mottíndofer

Muchas gracias por las hierbas que me mandó. Gracias a Dios, Paula no ha vuelto a tener fiebre y ya no respira de manera entrecortada, aunque el que realmente me preocupa es mi esposo...

Está pasando lo que nos temíamos, se está transformando en algo muy oscuro que le hace comportarse de forma violenta y salvaje. Anoche volvió ensangrentado y lleno

de heridas. He tratado de ayudarlo, pero no puedo ni acercarme. Esto me supera... Creía que podría sobrellevarlo, pero estoy aterrada, tengo pánico por mí y por la niña. He cogido un billete para el próximo tren a Londres, partimos mañana por la tarde. Espero poder reunirme allí con usted y encontrar juntos una solución...

No había firmado la carta cuando se dio cuenta de que no podía continuar. Estaba llorando y, puedo asegurar algo, mi madre jamás lloraba, jamás tomaba decisiones drásticas ni se dejaba llevar por la histeria. Si hubiese un naufragio, el orden de salvamento sería: las mujeres y los niños primero, luego la tripulación y después el capitán mientras ella se quedaba en el barco sacando agua con cubos, a sabiendas de que se estaba hundiendo. Era la mayor aproximación a una valquiria. Tenía que serlo para aguantar el infierno que había surgido de repente. Había miedo y del de verdad, del que puede palpase y olerse en el ambiente. Lo peor era que estaba muy cerca, apenas a unos sesenta metros.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, que dio un brinco cuando escuchó el relinchar de un caballo fuera de la casa.

—Hola, ¿hay alguien? —reclamaron desde el exterior.

Mi madre se apresuró a secarse las lágrimas, miró por la ventana y salió al encuentro del visitante. Una paleta de colores anaranjados y añiles empezaban a apagar las pocas horas que le quedaban al día. Frente a ella, había un joven jinete que no aparentaba más de veinticinco años; por su indumentaria y la silla del caballo, se diría que era un hombre rico. ¡Qué demonios!, puede, incluso, que un noble.

—Buenas tardes, ¿qué desea? —preguntó Enma.

—¿Es la señora Naschy? Buenas tardes, me llamo Jared Carmichael.

—Sé quién es usted. —Reconoció enseguida el apellido—. Imagino que estará buscando a mi esposo, pero mucho me temo, señor, que pierde el tiempo.

—Dígame la verdad. Si lo buscara, ¿me diría dónde está? —dijo, cortándola con una risotada—. ¿O si se ha fugado? ¿Sabe que anoche mismo tuvo un enfrentamiento con varios hombres? Tres de ellos están en el hospital con heridas graves.

Enma retrocedió unos pasos mientras se abrigaba con el chal, pero sin dejar de mirarlo.

—Pero tranquila —añadió él, cambiando a un tono más amable—. No es a él a quien estoy buscando. De hecho, el motivo de mi visita es hablar con usted.

El hombre bajó del caballo, dejando al descubierto la impresión grabada del escudo familiar en el lateral de la montura. Dio unos pasos hacia adelante.

—Como sabrá, queda poco tiempo para empezar las obras de la destilería y faltan por decidir una infinidad de cosas.

Mi madre lo miraba como si le estuviera explicando una receta en cantonés.

—Creo que no acabo de entenderlo, señor.

—¿No ha recibido mis cartas? —Jared puso cara de contrariado—. No, no comprendo. Le he escrito varias veces, es más, hace unos días le anuncié que pasaría a verla hoy mismo.

—Me temo que casi no bajamos al pueblo y mucho menos a la estafeta. Lo siento.

—¿Podríamos pasar dentro? —dijo adoptando un tono más serio, pero sin llegar a la chulería de antes—. Lo que he de decirle es importante y ya no puede esperar más.

Mi madre accedió a su petición con una leve inclinación de cabeza. El hombre ató el caballo a una valla de madera y se encaminaron juntos hacia el interior de la casa. Nada más pasar el

umbral, Jared asumió su error al creer que se trataría de una casucha de cabreros perdida en mitad de las montañas; tenía un estilo rústico, sí, pero sofisticado, y estaba construida para adaptarse al clima. Desvió su atención a la cantidad de grabados y dibujos que se agolpaban en una esquina del salón, frente a una ventana; era la zona de trabajo de una artista.

Yo comencé a llorar y mi madre se adelantó para cogerme en brazos.

—¿Quiere tomar algo? Puedo prepararle un té, si quiere... —preguntó mi madre.

—No, no, gracias —respondió Jared, mirando absorto los dibujos—. Además, como le he dicho, no tengo mucho tiempo. —Se fijó en mí, ya callada en los brazos de mi madre—. ¿Es su hija? Es preciosa. ¿Cómo se llama? —adornó sin disimular su desinterés por mí.

—Paula —contestó, sabiendo que, si le devolviera la misma pregunta, ni se acordaría de mi nombre.

—Esos grabados... ¿son todos suyos?

Mi madre asintió curiosa. Jared se fijó en el que había estado pintando esos días, aún sin terminar.

—¿Es un encargo?

—Para la Real Sociedad Botánica. Es un compendio de plantas medicinales —afirmó, orgullosa.

—Una enciclopedia nada menos — se maravilló Jared, que esta vez parecía sincero.

Cambió el rostro de nuevo. Sus ojos se fijaron en un montón de papeles apilados en el secreter donde escribía mi madre. Al acercarse, reconoció su escudo familiar estampado en tres cartas sin abrir. Se aproximó al cuadro inacabado y, sin poder disimular del todo su malestar, lo observó con cierto desdén.

—Conozco esa planta, es Cornezuelo del centeno — señaló el grabado, donde se estampaba una espiga invadida por una especie de vainas negras, como las de los guisantes, que emer-

gían de entre las hojas—. Mis padres han sido cerveceros toda la vida.

—¿De eso quería hablar conmigo, de los grabados?

—En parte sí. Me habían hablado de su destreza, y he de decir que no le hacían justicia —aclaró—. Pero el principal motivo de venir a verla es otro. Quería proponerle un encargo. ¿Conoce la taberna El Ciervo Blanco?

Mi madre asintió tímidamente con la cabeza. Llegó a pensar que se trataba de una pregunta trampa, pero enseguida desechó la idea. ¿Por qué no iba a conocerla? Era lógico, más que nada porque no había ninguna otra taberna o burdel en kilómetros a la redonda.

—Como sabe —prosiguió Jared—, tiene muchísimos años y no está precisamente bien cuidada... Ahora, ¡imagine esto! —Parecía otro, como si acabara de esnifar rapé—. Imagínela reformada como los cafés de París: con estampados impresionistas en las paredes, incluso en los techos; Monet, Renoir, Edgar Degas... No me diga que no le fascina la idea.

Mi madre solo sonrió débilmente, acababan de venirle de golpe miles de recuerdos imborrables.

—Tengo la intención de comprarla y convertirla en un salón de referencia en toda la zona —explicó él y se acercó a nosotras como un seductor consumado—. Y ya se imaginará usted cuál es su papel en todo este tinglado.

—¿Quiere que yo...?

—No imagino a nadie mejor para hacerlo. Piénselo.

Se produjo el único contacto que tuvo Jared conmigo, al menos en ese momento; posó las manos sobre mi cabeza y me acarició el pelo, antes de continuar vendiéndose.

—Serían dos años de trabajo, puede que tres, un buen sueldo. Podrían incluso alojarse en mi casa, en Redinton Hall. Así no tendrían que pasar un invierno tan duro aquí arriba...

Mi mano de bebé hurgó por la blusa de mi madre y desprendió un botón de una zona nada discreta. Así estaría de embelesa-

da, que no se dio cuenta de que algo acababa de abrirse, dejando a la vista un escote generoso, como se llevaba a la moda hace menos de un siglo. El que sí se fijó fue Jared, que tampoco hizo el menor ademán por disimular su descaro en medio de tal situación.

Antes de que mi madre reaccionara, el sonido del reloj de pared del salón la devolvió de golpe a la realidad desde villa sueño. Sintió un escalofrío, algo que le indicó una señal de peligro. Dio unos pasos hacia la ventana y vio horrorizada dos cosas: la primera fue cómo las nubes del cielo dejaron entrever una perfecta luna llena, la segunda fue peor: el cobertizo estaba abierto. La cara le cambió por completo. Mientras tanto, Jared, como todo buen comerciante, no dejaba de elogiar su propuesta.

—Sé que parece una locura, aún más, siendo algo tan precipitado, pero piense en la oportunidad que sería para usted. Todo el mundo vería sus dibujos.

Mi madre tenía la cara completamente desencajada cuando se acercó a él con paso decidido y tajante.

—Me temo que he de pedirle que se vaya, señor, se ha hecho muy tarde —dijo mientras se cerraba el botón de la camisola en su propia cara.

—¿He dicho algo inoportuno?

—No, en absoluto —aseguró—. Agradezco su propuesta y le prometo darle una respuesta en cuanto la consulte con mi esposo.

—¿Con su esposo? —Jared reaccionó muy molesto—. Comprendo. Hay que contar siempre con la aprobación del hombre de la casa, aunque este sea un loco o un salvaje... o las dos cosas...

—Por eso es mejor que alguien así no lo encuentre aquí cuando llegue, ¿no le parece?

Jared se disponía a salir por la puerta trasera, pero sacó una tarjeta de visita y la dejó en el secreter, al lado de las cartas sin abrir.

—Por si se decide a no ignorarme una cuarta vez.

Mi madre no prestó ninguna atención a su comentario. Estaba desesperada mirando por la ventana la puerta del cobertizo. Jared

salió de la casa y se subió a su caballo, no sin antes dejar una de sus perlas de despedida:

—Un consejo de admirador. Aleje a su esposo de los hongos del centeno. No tienen nada que ver con las plantas medicinales. —Metió espuelas a su caballo y se fue cabalgando hasta perderse en el horizonte.

Mi madre miró a Jared hasta que lo perdió de vista y, con rapidez, se dio la vuelta conmigo en brazos, no tenía un minuto que perder. Corrió como una loca hacia el cobertizo, siempre llevándome consigo, y cerró la puerta principal nada más llegar. Después se dirigió hacia una extraña palanca de madera situada en el exterior del granero. La accionó y se apartó, cautelosa.

Empezaron a sonar ruidos de un mecanismo de engranajes. Dieron paso a manivelas y poleas, que tensaron a su vez unas cuerdas. Se cerraron todas las ventanas superiores del cobertizo y cayó un inmenso tronco que hacía las veces de cerrojo de la puerta. Una cuerda sostenida en varios mástiles de poco más de un metro emergió de la tierra, dejando al descubierto unos cencerros colgantes. Cuando todo acabó, ató la palanca con un cordel en un viento anclado en el suelo. Se armó de valor y se asomó por una rendija de la puerta principal para mirar lo que había en su interior.

Allí estaba, una criatura desnuda, desdibujada por la oscuridad. Gruñía y olfateaba algo en el aire, como buscando el influjo de una luna que ya había dejado de iluminar la estancia. Parecía estar débil y lo sujetaban unas cadenas contra las que luchaba por escapar. Mi madre se separó de la puerta, temerosa de que lo que ahí se escondía pudiera percibirnos. Se alejó hacia la casa conmigo, pero sin dejar de mirar de reojo.

Empezó a llover con timidez y, en menos de una hora, el suelo se había cubierto de manchas de leopardo.

2

La taberna El Ciervo Blanco era sencilla de describir con una palabra: vulgar. Era el típico salón de pueblo donde se reunían todos los hombres para beber, fumar en pipa, jugar a las cartas, contar chistes de polacos y dejarse engatusar por las prostitutas que se iban rotando entre los diferentes locales de la comarca, a cada cual más horrible que el anterior.

La diferencia que marcaba esta con las demás era que en este local se reunía el Consejo del condado de Dorset; ellos decidían todo lo que se legislabo o se prohibía en la zona, y nadie movía un dedo sin que el Consejo lo aprobara.

Esa noche, jueves uno de noviembre, diluviaba como hacía tiempo que no se veía en Falkreath. Las gotas de lluvia golpeaban con fuerza el letrero de madera ya carcomida del establecimiento. Tenía dibujada o grabada, no estoy muy segura, la cabeza de un ciervo descascarillada. El resto del tugurio gozaba del mismo mantenimiento.

Dentro del local, había una multitud alborotando como de costumbre, pero las mesas tenían una disposición distinta esa noche, como si se hubieran preparado para algún evento. No me refiero a una boda o algo similar, ninguna mujer decente celebraría su casamiento ahí, ni aunque le cediesen el sitio. No, era otra cosa, algo peculiar.

Las mesas eran redondas, de unos dos metros de diámetro y con cabida para cuatro personas, aunque luego las ocupaban seis, siete o nueve, si contamos las chicas que se sentaban en las rodillas de los viejos. Estas mesas formaban dos filas enfrentadas, dejando un pasillo en medio del salón para otra supletoria, alargada y tapada con una sábana blanca y limpia. La sábana ocultaba un montículo de casi dos metros de largo. Se le había pagado unas monedas a la dueña para que diera un varazo a cualquiera que osara cotillear lo que había debajo.

El local comenzó a llenarse, los camareros pusieron, para sorpresa de todos, unas bandejas con embutidos, queso y pan de centeno. En otra ronda trajeron jarras con vino caliente y pintas de cerveza. La gente empezó a comer hasta que, frente a todos, aparecieron Jared y el posadero.

—Bueno, amigos, si ya estamos todos... —inició la presentación el posadero—. Un poco de atención, aunque solo sea por el hecho de que el Sr. Carmichael es el responsable de que estéis engullendo esta noche a costa suya.

Algunos hombres empezaron a soltar chistes fáciles mientras que el resto del rebaño estallaba en carcajadas, escupiendo migas de pan a quien tuviera enfrente.

—He hecho lo que he podido —se justificó el posadero a Jared, disimulando una mueca de disculpa por el público que había congregado. Jared cogió su bastón y dio tres golpes tremendos en el suelo.

—Caballeros del Consejo de Dorset, los he reunido aquí esta noche para hablarles del futuro de nuestra comarca. Como no soy de discursos, y parece que ustedes tampoco, veamos si es cierto eso de que vale más una imagen que mil palabras.

Tiró del mantel de la mesa central descubriendo una maqueta a escala 1:50 de edificios industriales. Había una fábrica de cerveza, cuyo techo podía abrirse para ver el interior, donde se detallaban las cubas de fermentación o cualquier detalle que se buscara; también había algunos locales anexos, incluido un ca-

sino iluminado con el cartel de El Ciervo Blanco nuevo. Hasta se podían ver muñecos del tamaño de figuras de plomo que transportaban la cerveza en carros tirados por mulas. La maqueta estaba magníficamente trabajada. Los hombres se agruparon en torno a ella, haciendo mil y un comentarios, como si se tratara de una exposición de belenes napolitanos.

—Aprovechando las nuevas vías del tren que van a construir desde aquí hasta Wiltshire —comenzó a explicar Jared mientras dirigía con el dedo la atención del público sobre qué detalle de la maqueta tenían que mirar—, se me ha ocurrido iniciar esta empresa: una nueva destilería, interconectada con la misma estación ferroviaria y, de paso, con este local, que se ampliaría para convertirse en un casino.

Se produjeron murmullos de asombro generalizados. Una persona del público señaló una especie de cilindros gigantes que desembocan en unos contenedores metálicos.

—¿Qué es esa cosa tan rara? —preguntó el pesado de los chistes fáciles.

—Es una máquina de frío por vapor. Como ya saben, la fermentación de la levadura requiere temperaturas muy bajas. Con este sistema de refrigeración por compresión, la cerveza se mantendrá fría todo el tiempo —explicó Jared.

—¡Qué idiotez! Para eso ya tenemos los viejos pozos de nieve —apuntó otro. El público aplaudió, corroborando el dato.

—Sí, y por eso tenemos una producción que dura solo los meses de invierno —sentenció Jared con voz más firme—. Yo hablo de vender cerveza todo el año. Multiplicaríamos las ventas por cuatro. Y con el ferrocarril podríamos llevarla a Londres, incluso a Oxford, a todo el país.

Se formó un murmullo generalizado, que cada vez se volvió más estruendoso.

—Créanme, si no aprovechamos esta oportunidad, otra comarca lo hará, y nunca estaremos en una mejor ocasión para...

—¡Basta ya! —gritó uno de los hombres, cortando la intervención de Jared y haciendo que se formara un silencio absoluto—. Pensé que nos habían convocado a todos los hombres del Consejo para hablar del verdadero problema que tenemos ahora, no de lo bien planeado que tiene «este» su futuro. —La algarabía se reforzó.

Jared se contuvo de no responder ante una masa que le era claramente hostil. Imaginó por un instante que pudiera haber un sindicalista en su proyecto y se le revolvió el estómago.

—¡Estamos hartos de esa bestia! —continuó el mismo hombre—. Cuando no ataca al ganado, la emprende con nosotros. Los buhoneros ya no traen provisiones, han cambiado sus rutas para no tener que pasar por aquí.

—Yo propongo ir y prenderle fuego a su guarida —añadió un tercero.

—¡Si, hay que cogerlo y colgarlo! ¡Es la única forma de librarlos de él! —corroboró el de los chistes.

Poco a poco empezó a emerger un murmullo generalizado. En medio del caos, apareció un joven oficial de policía uniformado, Nicola Bjarne; siento no conocer su procedencia, pero sí sabía que había sido el primero de su promoción desde que se instaló el cuartel en la zona. No tenía más de veinte años, pero gozaba de una gran consideración entre los habitantes de Falkreath. Se definía a sí mismo como insobornable, aunque esa magnífica virtud se diluía cada vez que debía hacer la vista gorda con los trapicheos de sus compañeros.

—No pueden hacer eso —soltó el joven policía con una tranquilidad ajena al nivel de testosterona que se respiraba en el local—, no sin una orden de detención, como saben.

—No podemos perder el tiempo con tonterías, chico —le advirtió el hombre que acallaba a las masas.

—Ya lo han perdido antes —contestó Nicola—. Nadie ha presentado denuncia alguna contra esa persona en la comisaría

de policía, por lo tanto, yo no puedo actuar en consecuencia. Si lo detuvieran ustedes, él podría alegar en su derecho un procedimiento de *habeas corpus*. Dicho de otro modo, no podríamos procesarlo y saldría impune de todas las acusaciones.

Se hizo un silencio para que la masa asimilara lo que acababan de oír.

—¿Quién ha dicho nada de detenerlo? —surgió una voz entre la multitud, como si hablara por todos. Se produjo un silencio incómodo, con todas las miradas cargadas de rabia clavadas en el joven policía.

—Caballeros, como es evidente que están pensando en hacer algo ilícito y están todos de acuerdo, creo que yo no debería estar presente en estas deliberaciones. —Nicola se levantó y cogió su sombrero de la mesa. No había andado ni tres pasos, cuando se volvió a la multitud—. Pero, eso sí, les advierto que, del mismo modo que yo me inhiba ante la responsabilidad de sus acciones, no contarán con la policía para protegerlos de las consecuencias de sus actos. Si deciden ir solos, lo estarán pase lo que pase.

Nadie volvió a abrir la boca hasta que terminó de salir del local. Más que nada porque no habían comprendido ni una sola palabra de lo que había dicho.

—Y ¿por qué no vamos ahora mismo? —añadió un tercero, corroborado por la mayoría de la gente.

—Porque hay luna llena, imbécil —intervino el hombre que se había designado el líder del grupo—. Es peligroso y no pienso enfrentarme a esa cosa hasta que la luna haya cambiado, o mejor, cuando sea de día.

De nuevo se produjo una algarabía, solo que esta vez con opiniones enfrentadas.

—¡Hecho! Entonces, vayamos por la mañana ¡Cuánto antes acabemos con él, antes descansaremos! —gritó el chistoso, que estaba teniendo su noche de gloria. Lo malo fue que, al gesticular con los brazos, hizo el ademán de golpear a un enemigo y destro-

zó la destilería principal de la maqueta, aunque nadie reparó en ello. El único que sí estuvo pendiente del estropicio fue Jared, que recogió, desalumbrado, los restos en miniatura de la chimenea de la fábrica principal. Se puso en pie y empujó al suelo al hombre que le había robado todo el protagonismo.

—¡Callaos todos! —gritó con todas sus fuerzas, logrando el silencio que quería—. ¡¿Cómo es posible que seáis tan imbéciles como para no daros ni cuenta de lo que os estoy ofreciendo?! ¡Os estoy asegurando un futuro a todos! Y vosotros os ponéis a lloriquear como críos pequeños porque os da miedo el abusón del pueblo.

Entonces sí que se hizo un silencio sepulcral. Se le acercó de frente el tabernero, como con cierto sentimiento de culpa por la actuación de sus amigos.

—Sr. Carmichael, todos le estamos *agradecíos*, sabemos que se *ha dejado* las perras en esto, pero la cerveza siempre ha sido un negocio pequeño, familiar, y nadie aspira a...

—¡¿A que esto deje de ser alguna vez un burdel de mala muerte?! Al menos vuestras hijas no necesitan estudiar, siempre tienen aquí un trabajo garantizado y los mismos clientes... ¿Qué más da que si son sus propios hermanos?

Este comentario hizo algo de daño. Una de las prostitutas se separó con brusquedad de un hombre que la estaba manoseando.

—¡Cómo es de cierto el refrán ese que dice que no hay que echar margaritas a los cerdos! —concluyó Jared.

Se levantó y salió del local como un toro bravo, buscando algo a lo que embestir.

3

Esa misma noche, la del jueves uno de noviembre, seguía lloviendo torrencialmente. Jared avanzaba con su caballo por un camino boscoso y solitario, perdido y borracho como una cuba; no iba así para olvidarse del fracaso tras haber explicado su plan maestro a todo el Consejo de Falkreath, sino para tener el suficiente valor para enfrentarse a quien fuera a reclamarle alguna deuda de honor por haberlo llamado cerdo, entre otras lindezas.

Pensándolo con frialdad, puede que el hecho de haberle pagado la cena a todo el mundo fuera lo que lo salvara de acabar mucho peor de cómo se encontraba en ese momento. Estaba mal, olía fatal después de haber vomitado no sé cuántas veces; tenía un aspecto deplorable, con la petaca en una mano, vacía, por supuesto, y con la otra agarrado al cuello de su caballo. Debería de haber tenido al día siguiente una tortícolis importante, de no haber sido por el movimiento involuntario que hizo el animal moviendo la cabeza hacia arriba, que hizo que se despertara de golpe, sobresaltado. Estaba desorientado, pero la luz de la luna llena era la mejor farola del mundo; si esperaba lo suficiente, los ojos se acostumbrarían a una oscuridad azulada. Buscó una colina donde ubicarse mejor. A lo lejos, muy a lo lejos, pudo ver una casa con luz. No se molestó en darle las gracias a su caballo por haberlo guiado por el mismo camino que había recorrido ese

mismo día más temprano. Al contrario, lo que hizo fue espolearlo y dirigirse hacia la casa.

A escasos cien metros de llegar, paró como pudo. Con absoluta seguridad, fue la maniobra más torpe que ha hecho un ser humano encima de un animal. Sacó sus prismáticos y enfocó hacia la ventana que estaba iluminada. A través de la imagen aumentada, pudo a ver a mi madre dándome de mamar. Solo la idea de imaginarme a este ser deleitándose mientras observaba de manera lasciva sus pechos me resulta, no solo repugnante, sino tremendamente difícil de describir.

Pero lo que ocurrió en el trascurso del resto de la noche fue mucho peor. Jared avanzó hacia la casa dando un rodeo para no ser visto desde la ventana y se situó justo detrás del cobertizo. La embriaguez le impedía tener una mejor pericia con el caballo, así que se tropezó con la cuerda que mi madre había anclado al viento aquella misma tarde. Aunque no llegó a caerse, notó algo extraño a su espalda: un ruido de engranajes oxidados deshacía una compleja red de seguridad en torno al cobertizo y el pesado leño que atrancaba la puerta se puso de pie, liberando la entrada.

Cuando por fin consiguió bajarse del caballo, Jared fue dando tumbos hasta tropezarse con los cencerros, haciendo todo el ruido del mundo. Instantes antes de que eso ocurriera, mi madre estaba en la cocina calentando en un cazo una infusión de poleo y valeriana en la estufa de carbón, preparándose para lo que suponía iba a ser una noche más sin poder dormir. Necesitaba descansar al menos seis horas de un tirón, pero en el fondo sabía que no iba a poder ser. No iba desencaminada. Enseguida se percató del alboroto que ocurría fuera, como si un rebaño de ovejas se desplazara con inquietud a causa de una amenaza. Los cencerros suspendidos eran una idea que había instalado ella misma hacía unos meses para asegurarse de que nada saliera del cobertizo sin que se diera cuenta, y acababan de dar la alarma.

Sin pensarlo un segundo, me cogió en brazos mientras yo dormía y se acercó a la ventana. Fuera no se veía nada hasta que un relámpago iluminó todo el exterior. Fue cuando se dio cuenta de algo terrible: el leño estaba izado y la puerta, abierta.

Un trueno ensordecedor la espabiló. Se dio la vuelta y corrió hacia una alacena situada en la otra esquina del salón. Abrió el armario inferior y, tras apartar platos y utensilios para hacer hueco, me depositó en una cesta de manteles. Tras arrojarme con seis o siete capas de servilletas —como solo hacen las madres—, cerró el armario. La puerta estaba adornada con una celosía de madera por lo que se podía respirar sin problemas.

Se incorporó y rebuscó en el mismo mueble hasta dar con un revolver. Comprobó que estuviera cargado, cosa que no era necesaria, porque lo limpiaba y engrasaba desde hacía unos meses cada tres días. Después se dirigió al pasillo. Otra descarga alumbró el corredor a través de los ventanales. Llegó hasta la puerta principal que, gracias a Dios, permanecía intacta. No había nada excepto la maleta de cartón con el equipaje de las dos y una carpeta con grabados, que se mantenía firme, esperando a iniciar su próximo viaje.

Se oyó un trueno tan fuerte que casi logró silenciar el ruido de cristales rotos procedente de la cocina. Mi madre se acercó despacio, justo a tiempo para apuntar a la persona que acababa de hacer su aparición frente a ella. Jared se tambaleaba, torpe y desaliñado, empapado por el agua; sus ojos desorbitados no dejaban de mirarla sin ocultar su deseo.

—Sra. Naschy, está preciosa esta noche —susurró aún algo ebrio.

—Lárguese ahora mismo de mi casa —contestó mi madre mientras apuntaba al intruso con las dos manos.

—¿Por qué? —avanzó hacia ella sin disimular su creciente excitación.

Volvió a caer un rayo que irradió de azul eléctrico toda la cocina.

—He venido a advertirle de que el pueblo entero va a venir a por su esposo... muy pronto. ¡Lo van a colgar, Sra. Naschy! ¡Y a

usted por ocultarlo! — desbocado por completo, seguía acercándose a mi madre, que amartilló el arma—. Pero aún tiene una salida... —dijo desnudando con la mirada el cuerpo de mi madre del modo más vulgar que pueda imaginarse—. ¿No se da cuenta de lo mucho que le ofrezco a cambio de tan poco?

Unos ruidos procedentes del cobertizo desviaron por un segundo la atención de mi madre sobre su acosador. A escasos centímetros del arma, Jared aprovechó la oportunidad para hacer un movimiento rápido y golpear la mano que sujetaba el revólver para desarmarla. El arma cayó al suelo. Ella se desequilibró por el golpe, momento que él aprovechó para caer encima suyo y dejarla inmovilizada.

Sus manos de hombre agarraban fuertemente las muñecas de mi madre, que no podía hacer nada por liberarse de su presa. Ella gritó muy fuerte y, tan cerca de su oído, que Jared le propinó un tremendo guantazo; la nariz de ella comenzó a sangrar. Se calló de inmediato y Jared aprovechó para agarrarla por el pelo.

—No tiene por qué ser así... —dijo mientras le presionaba la boca con una mano y se abría con la otra los botones del pantalón.

Entonces sucedió algo. Aún no he sabido si calificarlo como bueno o malo, pero el ser que estaba encerrado en el cobertizo hizo su aparición justo en el umbral de la puerta trasera y proyectó una sombra terrible sobre el cuerpo de los dos.

Jared se volvió instintivamente y se quedó impactado al ver al ser que estaba frente a él. Solo podía distinguir el contorno que dibujaba tras de sí la luna llena. La bestia lo miró desafiante; su cuerpo era grande, primitivo, con una cabeza de lobo deformada; desprendía un olor terrible, salvaje, como el de la jaula de las fieras en un circo, y tenía unos ojos negros desprovistos de cualquier tipo de humanidad.

Jared recogió el revólver del suelo y se giró para disparar a la bestia, pero ya no estaba ahí. Mi madre también lo miró, lo conocía muy bien de haberla visitado tantas veces en sus peores

pesadillas, pero desde su posición en el suelo no podía hacer nada más que reptar hacia el salón. Respiraba con dificultad y escupía sangre en cada zancada; la presión que le habían sometido en el cuello era algo más grave de lo que parecía a simple vista.

Desde la oscuridad, la criatura se abalanzó sobre Jared, lo estampó contra la pared y se acercó para morderle, cogiéndolo por las muñecas. El hombre alcanzó a disparar con la poca movilidad que le permitían los dedos. El fogonazo del tiro apartó a la bestia, liberando por un segundo su mano derecha. Lo volvió a apuntar, pero la criatura le agarró aún con más violencia la mano que sujetaba el revólver. Jared jamás olvidaría ese pelo desabrido, ese hocico húmedo y negro. Forcejearon con el arma, haciendo que se moviera de lado a lado.

Sonó otro disparo. Tres dedos de la mano izquierda de Jared se arrancaron de cuajo. La criatura también retrocedió, liberando a su presa por el impacto de la misma bala en un costado. Jared gritó mientras se miraba la mano ensangrentada y salió corriendo. La bestia cayó al suelo en medio de un charco de sangre.

A la mañana siguiente, los llantos de un bebé despertaron a un hombre desnudo en la cocina, rodeado por una alfombra de pelos muertos. Tenía en el costado una herida bastante seria, pero no letal. Fue tambaleándose como pudo, ensangrentando las paredes cada vez que se apoyaba en ellas. Al llegar a la cocina, encontró a mi madre tumbada en el suelo, con una mano dentro de la alacena, cerca de mi cesto. Ese hombre era mi padre. Tras sacarme de la alacena, muerta de hambre y sed, trató de reanimar a su esposa que yacía en el suelo. Desesperado, rompió a llorar mientras abrazaba su cuerpo inerte.

La tragedia de Enma Naschy culminó ese dichoso jueves uno de noviembre; la de mi padre comenzó al día siguiente y lo perseguiría hasta su muerte.

